

Que algún árbol anciano me dé sombra y frescura,
que el trinar de las aves me regale el oído
en un rincón vestido de galana verdura
donde sueña despierto y repose dormido.

En tan hermosa estancia morar tranquilo quiero
sin ese sobresalto de los fijos quehaceres,
sin estar vigilado por el ojo severo
de un superior que encarna tiránicos deberes.

Y no digáis que execro la sabia ley divina.
Si es verdad que rehuyo la coyunda opresora
tampoco a lo mundano mi voluntad se inclina
ni me importa el aplauso ni el fausto me enamora.

¡Comañión sacrosanta del trabajo bendito,
yo te rindo gustoso mi filial homenaje;
fervoroso creyente, yo venero en tu rito
la redención florida del humano linaje!

Téngase el potentado su cuantioso tesoro,
téngase sus blasones el que en blasones fía,
que en la calma del campo con mi plectro sonoro
ha de ser más dichosa la humilde vida mía.

Yo no quiero manjares en vajillas doradas
sobre mesas cubiertas de manteles preciados;
que me brindan los árboles sus frutas sazonadas
y me brindan alfombras de verdores los prados.

Guárdese el ambicioso las cuantiosas prebendas
y goce en buena hora de tan mezquinos dones;
yo no quiero la causa saber de sus contiendas
ni si logra o malogra sus ruines ambiciones.

Yo quiero que me dejen vegetar olvidado
componiendo una última sonata peregrina
en el manso reposo de mi huerto ensoñado,
en la dulce inconsciencia de la paz campesina.

Y cuando por la fuerza de los años vencida
en el filo implacable de la Parca sucumba,
que me cubra la tierra de ese huerto querido
y que pongan un verde rosal sobre mi tumba.

JUAN LUIS CORDERO

INTEGRALES DE ROMANIDAD

LA ESTIRPE HISPANICA (1)

SOBRE el mosaico de la Iberia, caos racial indefinido en el que únicamente es posible descubrir como característica común el sello de una rusticidad bravia impresa por la rudeza de un medio de contrastes, cuyo exponente y núcleo centro peninsular pasa de un frío lancinante de invierno a un calor agotador en los días del estío, imprimiendo en el cuadro de sus campos la brusquedad de un panorama que en días pasa del verde oscuro de una primavera temprana al amarillo marchito de un agostamiento precoz; en el que en el límite del horizonte de una llanura desértica, se alza la silueta ingente de unos macizos rocosos, cuyas crestas cubiertas de nieve hienden el azul del cielo fundiéndose en su tonalidad; y en el que las aguas de sus cuencas se precipitan raudas arañando febrilmente sus cauces como si quisieran con ello hacer menos violentos sus desposorios con el Mar, y en el que los hombres no tenían más que un signo: el del presente material y mezquino, ni más sociedad que la tribu, ni más afán que el del robo y el del pillaje; presa fácil en su individualismo disgregador a la ambición semítica de fenicios y cartagineses, que buscaban en las minas de su suelo y en la ignorancia de sus habitantes fuentes donde satisfacer su vampirismo racial; Roma, por voluntad de su mejor estirpe la de los rayos de la guerra, la de los Scipiones; riega con su sangre valiosa, la tierra de esta Spania y sus cenizas, mezclada con el polvo del solar español, substancian el barro que habría de formar el cuerpo de la Raza. En el sagrario de la Vieja Tarraco, cara a los siglos proclama esta verdad la Tumba de los Scipiones, que en vez de tumba puede decirse que es arca de alianza de una comunidad racial que tiene en ella el testimonio secular de la ruta de su destino. Publio Cornelio Scipión, el mayor de los Cladem; fué quien engarzó con el broche de oro de su generosidad, la integración de la pluralidad Ibérica a la Unidad Romana, a la Romanidad. Por voluntad del primer Scipión, Spania había comenzado a ser una; es decir, había comenzado a ser, antes no existía; pues se es en la unidad, no en la pluralidad que es caos esterilizador; por eso Scipión el Menor no vaciló en descuajar con mano férrea el último brote de un individualismo, que pese a la solidaridad que establecía la *Devotio Ibérica*, hacía imposible el cumplimiento de una misión universalista, de un destino en lo universal; que es dentro de nuestra línea ideológi-

(1) A la memoria de Cayo Julio Lacer constructor del Puente de Alcántara, símbolo y cifra de nuestra Romanidad extremeña.

ca la tesis definitiva de la madurez de una Nacionalidad o Unidad Nacional.

Roma fué imponiendo el triunfo de la unidad en España. Unidad simbolizada en el haz del lictor y el arado romano, porque con la espada de la Justicia y el cultivo de la tierra se levantan los Imperios. Y frente al detritus de pululaciones camito-semíticas que era aquel conglomerado de tribus que se movían por el solar de un pueblo que andando el tiempo había de ser señero entre los pueblos; levantó una Unidad étnica de racialidad aristocrática, ya que en su sangre se encontraba el germen del Imperio, germen que al correr el tiempo habría de cristalizar en una Hispanidad Transoceánica. Y al lado de esta unidad étnica, nos dió la unidad de Verbo, cauce de la idea creadora, vía sacra de la cultura porque es la encarnación del pensamiento. Verbo magnífico, que se erguía frente a un poliglottismo de Barrio Chino, encrucijada de apetitos y concupiscencias, porque es jerga de mercaderes.

Roma significa el triunfo de la unidad en España. Unidad de jerarquía frente a la anarquía de plebe de aquellos antepasados del faísmo incendiario y canibalesco. Unidad de Derecho, basamento de todo el Derecho universal; frente al desconocimiento más absoluto de la dignidad de las relaciones humanas. Unidad política en fin, que descansando en un régimen municipal amplio y respetuoso, con la característica de las Provincias, nos integraba en el Imperio por el vínculo de los Cónsules y Legados imperiales.

No eran las Provincias romanas la atomizada división de los departamentos provinciales existentes en la actualidad, incapaces de servir de marco a una política orgánicamente fecunda para la Provincia gobernada. Y así, la Bética y la Tarraconense; provincias senatoriales, fueron cuna de cultura y de riqueza para el Imperio y la Lusitania y Galesia, provincias imperiales; dieron soldados duros y sobrios, que con la entereza de su valor mantuvieron su seguridad.

Spania, gracias al esfuerzo laborioso de sus legiones, fué cruzada por caminos y calzadas y sobre sus ríos puentes magníficos los llevaban sobre sus arcos para enlazar con este *símbolo de Unión por el Trabajo*, el anhelo de las orillas que se miraban.

¡Removed, removed este suelo de España! Y siempre bajo las capas de polvo estratificado por el correr de los siglos, encontraréis una piedra que en su eterna permanencia lleva escrito este nombre: Roma. Y así, ese Alcázar toledano antes que Alcazaba mora hubo de ser Pretorio romano. Pretorio romano que por serlo era ya español; por eso cuando el sol de la Hispanidad llegó a su cenit; brotó sobre el frontispicio de su fachada norte el título de integridad que aureoló la frente de Carlos I de España con nimbo de plenitud: *Carolus, Hispaniarum; Rex Romanorum Imperator*. Cifra del afán de aquel siglo XVI que engarzaba su nervio a la médula política del genio clásico.

Y esta tradición gloriosa que substancia la Historia del ser hispánico, constituye la única postura que puede adoptar un Tradicionalismo consciente del sentido que la palabra tradición encierra.

Y porque José Antonio creía en la tradición no como remedio, sino como substancia informante de las expresiones externas, de eso que constituye en lenguaje común «la manera de ser», es por lo que nosotros la definimos como «la expresión en el tiempo imperial y evangelizadora de nuestra substancia y esencia romana y cristiana». Es decir, la tradición es para nosotros lo traído desde nuestro origen: Los valores éticos puestos por Dios sobre el soporte de nuestra raza latina inmigrante aria y portadora de un destino superior al de la plebe camito-semítica que pululaba sin empleo transcendente por el ámbito de la Península ibérica.

¡Vinimos a España sobre las sillas ecuestres de los Scipiones, de Marco Porcio Catón y Sempronio Graco; no dentro del escroto mugriento de un camítico Capsiense como para su desgracia le ha ocurrido a cierto Prehistoriador. Late en nuestras venas la Sangre de Cayo Julio César y de Octavio: somos la estirpe aristocrática de Roma.

Fuimos confidentes de un Pensamiento Imperial con Cornelio Balbo, el Cónsul gaditano a quien Roma rindió el homenaje del triunfo.

Adoctrinamos al Imperio con la filosofía genuinamente española de Lucio Annea Séneca, por cuyos labios la conciencia española formuló por primera vez su imperativo categórico. Porque el senequismo dentro de la concepción estoica lleva ese sello diferencial de la personalidad hispánica, matizada de aquel profundo pesimismo que caracteriza el genio irredento de España, amargo a pesar de la ampulosidad declamatoria de su estilo y con esa tendencia moral y práctica, aforística y sentenciosa tan característica del pensamiento encarnado en Verbo de nuestra raza. No podemos ni queremos pasar de soslayo el influjo que el Senequismo hubo de ejercer andando el tiempo sobre la filosofía de Kant, especialmente en la *Crítica de la razón pura*.

El tesoro de la tradición cultural española clásica, yace olvidado y desconocido y sin embargo, ¡cuánto deben Artes y Ciencias a aquellas figuras señeras de la Hispanidad!

¿No fué acaso Pomponio Mela el autor de la primera Geografía latina? ¿No compendió la sabia pluma de Junio Moderato Columela toda la tradición ruralista de Roma?

No podemos renunciar, ni desconocer los orígenes de nuestra cultura, pues pueblo que los desconoce cae en un proceso de imbecilidad senil o de infantilismo pueril, que lo convierte en sujeto de esclavitud. Y puesto que Lucano supo cantar la epopeya de una gesta heroica en su *Pharsalia*, y Marco Valerio Marcial dibujar con satírica ironía y realismo insuperable las costumbres de su tiempo. Y por que la Retórica tuvo en Fabio Quintiliano el autor famoso de las *Instituciones Oratorias*, y la lírica en Aurelio Prudencio Clemente, el competidor de Horacio, que tan poderoso influjo hubo de ejercer sobre la Literatura de la Edad Media y más tarde sobre Calderón, con su *Psicomaquia o Combate de las Virtudes y los Vicios*; y en Orosio, con su *Historia* contra los herejes, una concepción fi-

losófica de la Historia Providencialista y genuinamente española, ya que en ella encontramos el antecedente de la obra monumental de Menéndez y Pelayo. Y en el gran Osio, el cerebro privilegiado que sintetizó en el Símbolo de Nicea el dogma del Catolicismo; hemos de volver nuestros ojos hacia ella como testimonio y modelo de lo que es la personalidad hispánica cuando cultiva los elementos integrantes de su Genio.

Siete Césares dió España a Roma: Galba, Máximo, (César con Graciano) Nerva, Trajano, Adriano, Marco Aurelio y Teodosio, y si de los dos primeros no hemos de hacer especial mención, desde Nerva a Teodosio, sus figuras encarnan el núcleo de acero del Imperio.

La política social de Trajano ya que de sus triunfos militares no hace falta hablar, pues la Columna Trajana en Roma, símbolo de Hispanidad proclama perenne el homenaje de la Roma Eterna a la Hispanidad Victoriosa, se sintetiza en la fundación de una nacionalidad hispánica en Oriente: la Rumania.

Asimismo, la creación de las famosas Instituciones Alimenticias, mediante las cuales el Estado cooperaba al sostenimiento de los hogares con las subvenciones provenientes de la Caja Alimenticia, nutrida con los intereses módicos de los préstamos agrícolas concedidos a los pequeños colonos.

La política ordenadora y justiciera de Adriano queda patentizada en la orden de recopilación jurídica encomendada a Salvio Juliano, cuyo fruto fué el Edicto Perpetuo y en otro orden las novedades introducidas en la administración del Estado.

Y por último, Marco Aurelio, oriundo de Sucubo (Bética) y Teodosio de Coca (Segovia) encarna, respectivamente, el primero un sentido de moralidad dentro de su estoicismo gentil, como lo prueba su libro íntimo «Pensamientos»; y el segundo, una ruda ortodoxia dentro del Catolicismo que condujo al Imperio a la meta anhelada de la Unidad de Fe.

Damos luz de cultura a la Edad Media con el foco de la Cátedra hispalense de Isidoro.

Reconquistamos la unidad patria tras ocho siglos de lucha infatigable.

Alumbramos un Mundo y dimos nombre a un Mar.

Y en la segunda Era, velamos el sueño del Imperio dormido en Italia y nuestra España mantuvo el gran principio de la Unidad Católica y Latina contra una Europa barbarizada y hereje. Y porque ésta y no otra es nuestra tradición gloriosa, cuya base es la substancia noble de nuestra sangre y la espiritualidad divina de nuestra Fe; es por lo que, cuando la barbarie ha irrumpido de nuevo en el solar patrio, apoyada por las potencias judías de Occidente, nos hemos alzado, rugiente en nuestros pechos el grito eterno que heredamos de Roma, y así, empuñando las armas, cayeron los mejores ¡*Pro aris et focis!* Como las veteranas Legiones Imperiales.

RICARDO BECERRO DE BENGOA

LAS COSAS DE EXTREMADURA:

" POESÍA "

LA poesía extremeña es poesía sin imágenes, realista, local, que llega al corazón de todos: la entienden el gañán y el potentado. Poetas que cantaran nuestra tierra, sólo hubos dos: Chamizo y Gabriel y Galán. Pero ¡ah! la prosa poética del llorado Reyes Huertas... qué honda, qué suprema expresión del extremeñismo era...!

Yo me sentí poeta de mi Extremadura cuando hace once años bajaba de Astorga y La Bañeza hacia Cabeza del Buey. Mi camino fué una enorme cruz cuyos brazos extendíanse desde Baños de Montemayor hasta Mérida, de Badajoz a Almorchón. Una cruz leve con olor de gavillas recién cortadas, hechas montón entre el puntado rojo de las amapolas.

Extremadura es tierra de dos poesías; la florida y la mística. De Montemayor a Hervás, a Plasencia, a Jaraíz, toda la Vera, en fín, es un oasis dentro de nuestro desierto místico. Allí crece el castaño, y el cerezo (sinfonía oriental trasplantada) ofrece a la vista la maravilla de sus flores blancas, que luego serán «picotas» gordas, de tersa piel y sabrosa pulpa.

Aljucén, centro de la coordenada norte-sur extremeña, dejados atrás Carmonita, Carrascalejo y Logrosán, — fuentes fertilizantes de nuestro lar—, nos abre el camino de la Extremadura mística, con tierras sin vergeles, labrantía, de majadas acá y allá, cuya esencia— carne de nuestro suelo — se reconcentra periódicamente en el Madero de Mérida.

Aquí son los hombres fuertes, apegados al solar, con sus antiguos sombreros cónicos, sus abarcas de goma y sus polainas de indios del Far-West. Aquí los «castúos» de Chamizo-castueranos, de la Serena, de Campanario —; aquí está la poesía nuestra, la médula de la raza, la intransigencia a lo extraño, la conformidad a lo propio. Esta poesía de Extremadura hay que calibrarla desde el pie de una añosa encina mientras se hace el gazpacho para los de la era vecina, al mediodía, o desde el chozo, mientras se saborea la «caldereta» o una sopas «berrendas», de pura leche. Y aún queda otra ocasión de conocer nuestra poesía: la amanecida fresca, hundiendo la cuchara de palo o de cuerno— filigrana del arte local—en apeto-